

**Heraclio Bonilla  
Manuel Burga  
Luis G. Lumbreras  
Amparo Menéndez-Carrión  
Galo Ramón  
Enrique Tandeter**

**LOS ANDES  
EL CAMINO DEL RETORNO**

**FACULTAD LATINOAMERICANA  
DE CIENCIAS SOCIALES, SEDE ECUADOR**

**1990**

LOS ANDES: EL CAMINO DEL RETORNO  
AA. VV.

1ª Edición: c FLACSO  
América 4000 y  
Abelardo Moncayo  
Quito - ECUADOR

• ABYA-YALA  
Casilla 8513  
Quito - ECUADOR

Levantamiento : Taller de levantamiento de textos  
10 de Agosto 8156  
Telf. 454-975  
Quito - ECUADOR

Impresión: Talleres ABYA-YALA  
Cayambe - ECUADOR

Portada: El éxodo andino, cuadro de Marco Vásquez.  
Reproducción autorizada por el pintor, que compromete el  
agradecimiento de FLACSO.  
Levantamiento de textos: Taller de Levantamiento de Textos.  
10 de Agosto 8156. Telf: 454-975 511-729

## INDICE

Amparo Menéndez-Carrión Presentación.....	11
--	----

### Primera Parte Los Andes: Unidad y Diversidad

1. Luis G. Lumbreras. Los Andes antes de 1532.....	21
2. Manuel Burga. La Región Andina: Integración y Desintegración. ¿Historia hacia adentro o Historia hacia afuera?.....	25
3. Galo Ramón. El Espacio Ecuatoriano en el Contexto de los Andes.....	33
4. Enrique Tandeter. La Disidencia en los Andes: El Caso de la Argentina.....	41
5. Heraclio Bonilla. Los Legados y las Innovaciones: Los Andes Contemporáneos.....	47

Segunda Parte  
Los Andes: Su Legado Histórico

6. Luis G. Lumbreras.  
Consideraciones Preliminares para la Crítica  
de la Razón Colonial..... 55
7. Manuel Burga.  
La Emergencia de lo Andino como Utopía (siglo XVII). 71
8. Enrique Tandeter.  
Actores, Mercados y Coyunturas en la Historia  
Económica Colonial de los Andes..... 87

## ACTORES, MERCADOS Y COYUNTURAS EN LA HISTORIA ECONOMICA COLONIAL DE LOS ANDES

Enrique Tandeter

Hace poco más de 10 años me tocó resumir el estado de la historiografía económico-social de los Andes coloniales, lo que entonces me pareció una tarea relativamente sencilla. Propuse un esquema simple según el cual entre los investigadores latinoamericanos que se ocupaban del área eran visibles tres líneas de influencias: la historiografía francesa de los *Annales*; el marxismo; y la etnohistoria. Mi balance era positivo y optimista, ya que me parecía reconocer una tendencia a la convergencia con resultados parciales muy satisfactorios que no eran sino la antecámara de nuevas e importantes síntesis. En aquel momento hice también lugar en el inventario para una corriente paralela, la anglosajona, que con menos preocupaciones teóricas contribuía sus sólidos ladrillos para el edificio en construcción.

Pero a fines de los años 70 el debate historiográfico europeo y norteamericano ya no estaba dominado por la convergencia sino por la dispersión. Lawrence Stone en su archi famoso artículo sobre el "El retorno a la narrativa" creía reconocer en esa dispersión, a la vez, la quiebra de tres grandes modelos (el francés de los *Annales*, el marxista y el cliométrico norteamericano) y la vuelta al modo narrativo tradicional de hacer historia. Eric Hobsbawm negó la validez de ambos aspectos del diagnóstico. Si bien reconocía la dispersión misma, particularmente ejemplificada en la antropología histórica francesa, la micro historia

especialmente italiana y la nueva historia oral y local anglosajona, Hobsbawm concluía que se trataba de nuevas modalidades de hacer Historia pero que partían de las mismas problemáticas ya planteadas en los grandes modelos. Antes que quiebra y disolución, Hobsbawm veía superación. Y en cuanto a la reaparición de la "narrativa", Hobsbawm sólo creía reconocer nuevas modalidades discursivas que constituirían exploraciones antes que una tendencia fundamental. Como lo planteaba gráficamente, en conjunto, se trataba del paso de la visión global al enfoque microscópico, sin que cambiaran ni los grandes temas ni las antiguas preocupaciones.

En todo caso, los síntomas interpretados diversamente por Stone y Hobsbawm, están presentes también en la historiografía reciente de los Andes coloniales. Pero en nuestro campo el punto de referencia ineludible es la esterilización de la discusión sobre los "modos de producción de América Latina". Con el telón de fondo de las prolongadas polémicas acerca del carácter feudal o capitalista de nuestras sociedades, con sus cargas ideológicas y sus complejas implicancias para la acción política contemporánea, se desarrolló la nueva discusión de los "modos de producción" que antes que nada tuvo un lenguaje bien definido. Aunque fugaz, fue, sin duda, un momento de oro para mi generación. La rentabilidad del trabajo historiográfico parecía mayor que nunca. En efecto, el estudio de un grupo de haciendas o plantaciones permitía contribuir a la vez al conocimiento de una parcela de la historia regional y a la taxonomía histórica al anunciar el descubrimiento de un nuevo modo de producción. Lamentablemente, después de unos años de aparente éxito intelectual, y particularmente editorial, todos los protagonistas del debate sintieron más o menos al mismo tiempo el agotamiento del camino. Y sin que ninguno de ellos considerara oportuno formular por escrito las reflexiones autocríticas del caso pasamos a una nueva etapa.

Afortunadamente, la quiebra de los "modos de producción" no trajo consigo el agotamiento de los modelos teóricos. Más aún, en estos últimos años las preocupaciones teóricas son también

puntos de referencia para muchos de los trabajos sobre la historia colonial de los Andes originados en el mundo anglosajón. Pero lo evidente es que en nuestro campo el microscopio ha sido incorporado en primera línea al instrumental del historiador. Antes que las visiones de conjunto, lo que hoy nos atraen son las elaboraciones de problemas en los que podemos dar cuenta de los actores, tanto individuales como colectivos, y de sus lógicas. Antes que los sistemas, pasan hoy a primer plano, prácticas y actores. Como en la obra de Luis Miguel Glave, por tomar un notable ejemplo, la escena la ocupan los trajines y más aún los trajinantes.

Mi propósito esta tarde es penetrar más concretamente en estas cuestiones mediante un breve análisis de un campo de la historia económica colonial reciente, el de los mercados de mercancías, en el que se han producido estudios numerosos y conceptualmente ricos, a la vez que discutir tareas pendientes en la temática de las coyunturas económico-demográficas.

La mayor o menor presencia de elementos mercantiles fue un elemento fundamental para justificar, en su momento, la caracterización del feudalismo o del capitalismo. En un planteo más tardío, habiendo sido diferenciados distintos modos de producción, esos mismos elementos mercantiles permitieron conceptualizar el llamado proceso de penetración del capitalismo, postulado entonces como único e irreversible.

Para etnohistoriadores e historiadores económicos dedicados al estudio de los Andes e imbuidos de las nuevas preocupaciones por los actores y sus lógicas, el tema de los mercados ha sido un punto privilegiado de convergencia.

Un hito en este campo fue marcado por la obra de Carlos Sempat Assadourian. Antes se enfocaba prioritariamente la cuestión del comercio trasatlántico, y en particular el aporte de metales preciosos americanos a la economía mundial, temas de indudable importancia para entender la historia de Europa. En América misma, tanto por preconceptos historiográficos como por mayor

abundancia documental, los estudios se concentraban en los grandes mercaderes importadores y distribuidores de "efectos de Castilla". De ese modo el énfasis se ponía en los intercambios de manufacturas europeas y asiáticas contra metales preciosos que tenían lugar en los puertos americanos. La idea implícita era la de un motor europeo que a través de conquista, colonización y comercio perseguía con éxito la apropiación de ingentes masas metálicas. El comercio era en esta visión una de las armas de la conquista y si se relacionaba de algún modo con los indígenas, la relación sólo podía ser entendida como una forma más de ejercicio de la violencia.

Esta fuerte construcción historiográfica se ha ido desmontando lentamente en los últimos quince años. Sólo en la obra de Assadourian se postulará la necesidad de transferir la mirada de los puertos americanos a los centros mineros si queremos entender la dinámica propia de la economía colonial. Se desmontan entonces los mecanismos de la producción de la plata junto con las consecuencias que su localización en el cerro rico implica para una gran extensión geográfica que Assadourian define como el espacio peruano. En su reflexión es fundamental la reelaboración cuantitativa de la composición del comercio de la Villa de Potosí en 1603, efectuado a partir de un documento muy conocido pero nunca utilizado para esos fines. Se comprueba el bajo peso de las mercancías extra-americanas, 9.5%, en el conjunto del tráfico del centro minero. Se subraya así la relativa autosuficiencia del espacio peruano en el que el abasto de los centros mineros y de los centros urbanos ha implicado la especialización regional en la producción de alimentos, manufacturas e insumos. Fuera de los puertos, el espacio peruano está definido por una trama de circuitos mercantiles entre puntos geográficos que tienen entre sí relaciones más intensas y más frecuentes que con cualquier punto de fuera del espacio. En consecuencia, la dinámica económica de ese espacio deberá buscarse fundamentalmente en los centros que generan esa demanda, y en forma particular en la minería potosina. El tráfico trasatlántico pierde así su primacía absoluta como motor de la economía colonial.

Quizás no sea casual que este cambio de enfoque historiográfico haya sido acompañado en los últimos años por un descuido relativo de toda la temática del comercio ultramarino y su impacto en el área andina. Sin embargo, en los pocos estudios nuevos disponibles es notable la atención que se presta a los mercados concretos donde operan los comerciantes y las reacciones de éstos ante las fluctuaciones de precios.

La verificación del bajo porcentaje de las mercancías europeas y asiáticas en el comercio de Potosí no sólo modifica el primacía que tradicionalmente se le otorgaba en la historiografía, sino que problematiza su mismo carácter. Sabemos que las exportaciones ultramarinas consistían mayoritariamente en metales preciosos por montos muy superiores a los que correspondían al porcentaje aludido de importaciones de productos europeos a Potosí. Por tanto, deberá concluirse que buena parte de la plata potosina fue obtenida mediante intercambios con aquellas regiones del espacio peruano que, a su vez, proveían a Potosí el restante 90.5% de su comercio. La atención se desvía así de la exportación de metal precioso fuera del espacio peruano, hacia el problema de la producción y circulación del metal en el interior del mismo espacio. Las cifras respectivas del tráfico de productos europeos y mercancías americanas han sido confirmadas para otros períodos y lugares andinos con una multiplicidad de fuentes. En particular, para la colonia tardía se han comenzado a explotar los libros de alcabalas, es decir, los registros fiscales de las importaciones urbanas.

Todos los estudios subrayan el amplio predominio de la circulación de bienes americanos en el interior del espacio peruano. Pero el surgimiento y desarrollo de ese mercado interno no puede asimilarse en modo alguno a un proceso de "penetración del capitalismo". El conjunto de estudios de los que ahora disponemos para el área andina marcan, a la vez, cómo la producción agraria y manufacturera se orientó a satisfacer la demanda de los centros mineros y urbanos, sin que esas relaciones mercantiles se tradujeran en relaciones de producción capitalistas.

Nuevos estudios regionales subrayan las historias específicas de grupos de hacendados y obrajeros que responden de forma variada a los cambios en la producción minera, la población y la evolución de los mercados.

Los hacendados surandinos que pasan del vino al aguardiente al filo del siglo XVIII, o los nuevos hacendados de Lambayeque que abandonan el azúcar por la explotación ganadera, o los hacendados cochabambinos que optan por una actitud rentística y especulativa, son nada más que algunos de los ejemplos de adaptaciones más o menos exitosas a condiciones cambiantes.

Pero las demandas de los centros mineros y urbanos generaron un proceso más amplio de mercantilización del espacio peruano. Los indígenas, tanto los que se desprendieron de las comunidades y pasaron a ser yanaconas en haciendas y ciudades, como los que siguieron siendo parte de comunidades, ya sea como originarios o como forasteros, fueron afectados profundamente por este proceso. Instituciones fundamentales de la dominación colonial como el tributo, la mita y el reparto forzoso de mercancías arrojaron coactivamente a los indígenas a los mercados de fuerza de trabajo, mercancías y tierras. Pero, en los últimos años se han desarrollado estudios que, más allá de la coacción, pretende plantear en toda su complejidad las opciones que el sistema colonial, y en particular la demanda mercantil, abría ante grupos e individuos del mundo indígena. De esta manera se recupera el papel de los indígenas como productores, traficantes y consumidores, y el comercio "colonial" aparecerá como resultado de una compleja interacción entre españoles e indígenas. La relectura de las fuentes tempranas permite descubrir la rápida percepción por parte de los indígenas de algunos mecanismos del nuevo mercado, como por ejemplo las fluctuaciones de precios, así como la extensión de relaciones de intercambio entre comunidades que han sido separadas por la conquista de algunos de los recursos a los que antes tenían acceso directo.

Steve Stern ha planteado la ambigüedad que caracteriza a las intervenciones mercantiles indígenas en los mercados creados por la intervención europea. Existe, por una parte, el elemento de coacción directa detrás de esas intervenciones, es decir, son las demandas coloniales las que generan la necesidad de acceder al mercado en busca de recursos, incluido el dinero. Pero, más aún, la intervención es ambigua puesto que puede inspirarse en lógicas individuales o colectivas diversas. Se verifica la presencia de una lógica de lucro individual inspirada en los modelos introducidos por los europeos, pero también existe una lógica de preservación y reproducción de la comunidad en sus propios términos. Lo más frecuente, sin embargo, es que ambas lógicas se presenten combinadas en la realidad de las intervenciones mercantiles. Stern alerta al historiador acerca de la necesidad de inquirir exhaustivamente por la lógica relevante en el análisis de situaciones históricas, ya que formas andinas pueden encubrir emergentes relaciones de tipo europeo, mientras que actos típicos del mercado colonial pueden responder a una lógica andina.

Thierry Saignes ha mostrado como en el siglo XVII las comunidades ponen en acción una multiplicidad de estrategias para hacer frente a las cargas coloniales. Migraciones, venta de la fuerza de trabajo y venta de sus productos son opciones que se barajan en contextos concretos en los que las fluctuaciones climáticas y, agregaríamos, de precios, las facilitan o las impiden.

Los curaca ocupan un lugar preponderante en la ejecución de esas estrategias, y su continuado control sobre los migrantes apunta a la posibilidad de reproducción de la comunidad.

Las extensas actividades mercantiles de los curaca han sido objeto de numerosos trabajos. Las consecuencias de esas intervenciones para la comunidad en su conjunto parecen haber sido distintas según las regiones y los períodos. Tristan Platt formuló en su momento la hipótesis de la existencia de un "modelo cacical mercantil" para la Chayanta colonial, según el cual el curaca habría supervisado y coordinado las intervenciones de la comuni-

dad en el mercado. La reciente tesis de licenciatura de María Cecilia Cangiano en la Universidad de Buenos Aires permite por primera vez percibir ese modelo de funcionamiento en la Chayanta de fines del siglo XVIII. Según Cangiano, de la producción de las tierras del común organizada por el curaca, el 90% de la producción comercializada y el 36% de la no comercializada estaban en función de la satisfacción de las demandas coloniales. Sin embargo, se observa que la participación de la comunidad en el mercado bajo el control del curaca sirve también para obtener recursos para su consumo como los marranos y la sal. Esta información permite, a la vez, restringir el alcance del "modelo cacical mercantil", puesto que queda claro que las obligaciones individuales de cada unidad doméstica ante el Estado colonial requerirán otras tantas intervenciones en los mercados para hacerse del dinero necesario.

La historiografía tradicional, con su identificación entre comercio y tráfico trasatlántico, ha tendido a enfatizar la figura del gran mercader, implicando una estructura muy concentrada para los mercados coloniales. Estudios recientes tienden a restituir a la comunidad mercantil colonial su carácter abigarrado y multiforme. El estudio de las alcabalas de Potosí a fines del siglo XVIII es particularmente informativo pues allí parece no haber funcionado la exención a favor de los indígenas, y por tanto el análisis cuantitativo los incluye. Sobre un total de 743 introductores de mercancías en el año de 1793, existía un núcleo de 26 mercaderes con giros anuales de más de 10.000 pesos, especializados la mayoría en efectos europeos, que confirman la imagen tradicional de alta concentración al ser responsables por el 55% del valor del tráfico que pagaba alcabala. Sorprende ya comprobar la presencia de un robusto grupo de 182 comerciantes medios con giros anuales entre 1.000 y 10.000 pesos que efectuaron el tercio de las operaciones del año por un tercio del valor total. Más aún, 422 individuos, que definimos como pequeños comerciantes, con giros entre 100 y 1.000 pesos anuales, acumulaban el 44% de las operaciones pero sólo el 11% del valor global. Finalmente, podemos enumerar 113 traficantes ocasionales con giros menores a 100 pesos que sólo suman medio por ciento del valor total.

Un análisis pormenorizado del tráfico de los productos más importantes que acuden al mercado potosino, provenientes de regiones diversas del Perú, de Charcas y del Río de la Plata, muestra especificidades diferenciadas para cada uno en cuanto al monto promedio de las operaciones, el tipo de comerciante que se dedicaba a ellos y su especialización en este rubro. Una muestra de las alcabalas pagadas por los efectos de la tierra en Cochabamba entre 1777 y 1808 permite, también, comprobar la existencia de esa nítida diferenciación por productos y regiones proveedoras.

En el amplio conjunto de estudios sobre los mercados de mercancías se ha producido, entonces, no sólo mucha información sino también nuevas conceptualizaciones. Como contraste quisiera aludir a la problemática de las fluctuaciones económicas y demográficas en la que el avance parece ser mucho más lento. Y es fundamentalmente por esto que la historia económica y social de los Andes coloniales sigue apareciendo sobre bases tanto más endebles que su campo homólogo para México colonial. En efecto, en la nueva preocupación por la prácticas y los actores sociales, la falta de estudios demográficos y la escasez de historias de precios impide una interpretación acabada en tanto nos falta la referencia ineludible a parámetros fundamentales ante los que reaccionan los actores.

Por supuesto, el tema del tamaño de la población previa a la invasión europea y el de las consecuencias demográficas de la conquista ha merecido mucha especulación y algunas sólidas contribuciones. A la vez, las famosas visitas elaboradas con fines fiscales desde la época del virrey Toledo hacia 1570, y particularmente abundantes para la segunda mitad del siglo XVIII, han permitido trazar a grandes rasgos la evolución de la población indígena durante el período colonial. Más aún, esas fuentes han facilitado la elaboración de importantes trabajos, enfrentados en sus conclusiones principales, acerca de la aparición de la gran distinción interna de las comunidades entre originarios y forasteros. Pero el problema radica en la falta casi absoluta de inves-

tigaciones en toda el área andina a partir de los registros parroquiales. La excepción es, por supuesto, el trabajo pionero de Noble David Cook sobre el valle del Colca.

De ese modo, ignoramos casi todo acerca de la dinámica demográfica de las comunidades, y, en consecuencia, la historia social colonial andina presenta grandes zonas inexploradas. Francamente, no veo ningún obstáculo mayor para superar esa situación en un futuro cercano. Las fuentes son abundantes y un mayor contacto de los jóvenes con la literatura pertinente que revoluciona permanentemente la demografía histórica en otras áreas terminará por sacudir nuestra modorra en este terreno.

Más difícil es ser optimista respecto de la historia de precios en los Andes. Más allá de algunos estudios aislados previos, la propuesta de una tal historia arribó con fuerza a nuestra América hace ya más de un cuarto de siglo en la obra y la persona de Ruggiero Romano. En esos años, Anibal Arcondo y Enrique Florescano aceptaron la propuesta en sus tesis doctorales presentadas en Francia con resultados muy significativos. Sin embargo, lo que parecía ser un comienzo quedó como un episodio bien delimitado. Una de las razones fundamentales para esa frustración debe encontrarse en el hecho de que la historia de precios llegó a América hispana y portuguesa precisamente cuando en Europa se hizo más perceptible una cierta crisis metodológica.

Quince años más tarde, sin embargo, los estudiosos de la historia económica y social colonial de la América hispano-portuguesa, empezaron a experimentar la necesidad de la historia de precios para responder a interrogantes centrales en sus nuevas investigaciones. Hoy existe una nueva cosecha de estudios de historia de precios que nos llevó a publicar recientemente con Lyman Johnson un volumen colectivo que los reuna y los discute. Los comentarios de Ruggiero Romano, Stanley Engerman, Herbert S. Klein y John H. Coatsworth preparados para el libro efectúan un balance mucho más amplio que el que puedo presentar aquí y marcan líneas por las que la historia de precios debiera

transitar en adelante. Coatsworth concluye en su ensayo que en ningún otro campo del trabajo en historia económica latinoamericana la recompensa analítica de la investigación empírica es tan grande. Sin embargo, no creo equivocarme si afirmo la existencia de un marcado escepticismo entre historiadores y antropólogos dedicados al estudio de los Andes acerca de la utilidad de la historia de los precios. La explicación me parece que reside en dos aspectos de un mismo fenómeno, los que me parecen podrían ser objeto de amplio debate en nuestra reunión de hoy. Por un lado, no existe aceptación generalizada de la amplitud y variedad del fenómeno de la mercantilización en las sociedades andinas coloniales presentado en los estudios que hemos reseñado hace un rato. Pero, más específicamente, se confunde la posible utilidad de los precios como indicadores generales de la economía con otros múltiples usos. En efecto, sólo quienes postulan el carácter capitalista de las sociedades coloniales hispanoamericanas argumentan que el mercado domina plenamente esas economías y, en consecuencia, existe un nivel general de precios que puede servir como indicador de la situación del conjunto socio-económico. En cambio, quienes nos interesamos por el estudio de la mercantilización deberemos prestar atención a los mercados concretos y a sus limitaciones. Pero es precisamente en el marco de esos mercados limitados, frágiles y con abundante presencia de elementos coactivos, que los precios aparecen como un parámetro ineludible para la evaluación de la participación en ellos de empresas e individuos. En el caso extremo, aunque probablemente frecuente, de comunidades indígenas que sólo acceden a los mercados para obtener el metálico necesario para hacer frente a algunas de las cargas coloniales, el hecho de que la formación de precios dependa de la oferta de haciendas y obrajes, no hace menos dramática la repercusión que las fluctuaciones de esos precios, caracterizadas en los Andes por una gran amplitud e intensidad, tiene sobre sus posibilidades de reproducción exitosa. En la medida en la que nuestros estudios han pasado del énfasis estructural a dar prioridad a las estrategias y las lógicas de los actores sociales, parámetros como los precios se revelan como imprescindibles para estudiar los procesos históricos.

Los estudios de historia de precios en los Andes han mostrado ya la diversidad de fuentes utilizables. Por un lado, existen fuentes que reflejan de cerca transacciones efectivas. Entre ellas figuran los libros de gastos de instituciones como conventos, colegios u hospitales, o las contabilidades de haciendas. Por otro lado, hay indicaciones seriadas de precios en documentos que emanan de instituciones estatales y resumen un nivel prevaleciente en un mercado antes que transacciones concretas. Se han utilizado así las indicaciones contenidas en la cobranza de novenos, los aforos de las Aduanas y los informes cuatrimestrales sobre el estado del clima, de las cosechas y de los precios que enviaron los Intendentes.

Un problema fundamental que hace a la utilidad de las series es la explicitación de los criterios utilizados en su elaboración. Detrás de un cierto precio para el año tal puede esconderse prácticas muy diversas: el precio promedio, el precio modal o más frecuente, o el precio del mes de cosecha, todas elecciones legítimas pero cuya utilización debe aclararse. Más aún, sería deseable acordar prácticas comunes para facilitar las correlaciones que, de otro modo, pierden mucha de su utilidad.

El aspecto más frustrante de la historia de precios es que una vez que la serie ha sido pacientemente elaborada las variaciones que se registran en ellas sólo podrán ser explicadas por fenómenos de oferta y demanda que remiten necesariamente a otros estudios. Idealmente, debiéramos conocer tanto el nivel de producción como el de comercialización para evaluar el significado de un cambio en los precios relativos. Lo que, a su vez, remite a la disponibilidad y costos de los factores de producción. Es fundamental conocer las fluctuaciones climáticas para dar cuenta de la sucesión de buenas y malas cosechas, así como los cambios en la población y los ingresos para explicar los niveles de demanda.

Pero más allá de la complejidad de una interpretación acabada de la historia de precios, existen dos formas de utilizar las series elaboradas que son de evidente e inmediato interés para la ma-

yoría de los historiadores. La primera es directa y, en verdad, ineludible. Se trata de la confrontación de cualquier proceso socio-económico, y eventualmente político, con la evolución de uno o más precios en tanto parámetro con el cual las empresas o los actores tuvieron que enfrentarse en los mercados concretos. La serie que produjimos se convierte así en un dato más a incorporar en la investigación. Sin embargo, se trata de un dato fundamental. La disponibilidad de una serie de precios no elimina los problemas conceptuales, pero sí enriquece notablemente la historia que escribimos. Es obvio que en el futuro no deberían escribirse monografías sobre producciones cuyo destino es parcial o totalmente la comercialización sin incluir los nuevos datos de que disponemos sobre estructuras de mercados y evolución de los precios. Por supuesto que las series de precios de las que ya disponemos, como aquellas que se elaboren en el futuro, no podrán resolver ningún debate acerca de temas como, por ejemplo, las causas de las revueltas andinas de la década de 1780. Sin embargo, el fuerte movimiento a la baja de los precios agrícolas detectado para la década de 1770 en Cuzco y Potosí no debiera ser ignorado por aquellos historiadores que quieran intervenir en el debate.

El segundo uso de la historia de precios al que aludimos recién es menos sencillo e inmediato. Se trata de la deflación de series de ingresos o de valores de producción. Este uso deberá ser particularmente redituable en la presente coyuntura historiográfica andina por la riqueza de las series publicadas recientemente. John J. TePaske y Hebert S. Klein han editado las estadísticas de los ingresos de las Cajas Reales coloniales, que sólo podrán pasar de valores nominales a reales gracias a las series de precios. Pablo Macera ha impulsado la edición de múltiples series sobre diezmos que sólo darán sus frutos cuando se las deflacione para acercarnos al volumen de la producción agrícola. Un caso más polémico es el de posibilidad de deflacionar las series de producción de metal precioso para obtener su "valor de mercado". Finalmente, es a través de los precios que los salarios nominales pueden ser convertidos en salarios reales. Para estas operaciones

de deflación es necesario determinar el conjunto de precios que resulta de entre los disponibles y luego proceder a elaborar índices. Ambas etapas implican decisiones riesgosas pero ineludibles por parte del investigador. Un índice adecuado sólo surgirá de una ponderación explícita de sus diversos componentes, para lo cual deberá recabarse información acerca de la estructura de los mercados y la composición del consumo.

.  
. .

Mercados, población y precios refieren al investigador a fenómenos históricos de gran peso en el sistema colonial en los Andes. A medida que el estudio de los mercados avanzó produjo no sólo mucha información sino también nuevas conceptualizaciones. Se vió así la necesidad de reemplazar antiguas discusiones abstractas sobre "el mercado" con investigaciones acerca de los mercados concretos. En éstas ocupan un primer plano las cuestiones del sentido de la intervención mercantil y las lógicas de los actores, las que sólo pueden ser entendidas en función de parámetros concretos. Las formas de la coacción estatal (tributo, mitas, reparos) son, sin duda, algunos de los fundamentales. Pero la evolución de la población y la expansión de los mercados coloniales proveen otros parámetros no menos concretos. Es sólo en ese contexto global que podremos discutir las estrategias de los actores sociales andinos.